

Hay algo nuevo bajo el sol – por Rab. Mlynski

Hay un pasaje del Talmud que dice lo siguiente “hay 2 voces que se escuchan de un extremo al otro del mundo, una es la voz del sol y la otra la voz de un niño cuando nace”.

¿Qué es la voz del sol?

Recordarán ustedes el pasaje “no hay nada nuevo bajo el sol”. Esa es la voz del sol. La voz de la inercia.

La voz de un sistema en el que vivimos donde no hay nada nuevo; hay un orden determinado en el cual vivimos y nos protegemos.

Sabemos que el sol sale por el este y nos tranquiliza saber que se pondrá por el oeste. Es cíclico y repetitivo. En él aparentemente está todo en orden y eso nos tranquiliza.

No preguntamos nada sobre esta voz, sobre la voz del sol. No preguntamos acerca de dónde viene, ni tampoco pensamos si algún día se va a terminar. Siempre ha sido así y pensamos que así seguirá.

Es un “kol”, una voz que nos tapa los oídos y la conciencia. Nos adormece. Así vivimos nosotros. En una cáscara.

Pero la otra voz, la del niño que nace, nos anuncia que no hay absolutamente nada obvio, nada asegurado. Las leyes que nosotros creemos que son eternas y que nos protegen se rompen el día en que tienen que quebrarse sin que nadie nos avise y sin que nadie nos pregunte. Esa es la voz de Itzjak del niño.

El sacrificio de Itzjak, al contrario de la voz del sol, es la voz que rompe con todas las reglas. No es común que D-s pida a un padre que sacrifique a su hijo como muestra de fe.

El episodio del sacrificio de Itzjak rompe con todos los parámetros, nos sorprende, nos angustia y nos preocupa. Nos dice que sí hay algo nuevo bajo el sol. Nos plantea una situación fuera de todas las reglas que conocíamos. Nos sacude suavemente el hombro para decírnos que la realidad es distinta a la que queríamos que fuera.

Mientras que la voz del sol es la voz de la cáscara que nos encierra en el silencio y que nos hace vivir dentro y protegidos por un límite, la voz de Itzjak es la que nos hace vivir nuestra vida al límite.

Y así como Abraham no dudó en sacrificar a su hijo, así como Itzjak no dudó en subirse al altar, así, aquel hombre que vive de acuerdo a la verdad, a sus convicciones, a su fe, siempre tendrá un altar donde sacrificarse como Itzjak.

Por eso tocamos el Shofar como recuerdo del sacrificio de Itzjak. Para despertarnos. Porque su sonido nos pregunta: ¿Sobre qué altar estás dispuesto a sacrificarte? Este es nuestro altar.

¿Cuáles son tus convicciones por las cuales pelearías?

Este es nuestro altar.

¡Pobre de aquel que no tiene un altar donde sacrificarse!

Pobre de aquel que escucha solo la voz del sol y no la voz de Itzjak...